

Tradición latina: Raza, cultura y espíritu

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN*

Cuando en América se oponen a la República imperial del norte las veinte democracias del sur, se busca la razón del antagonismo existente entre ellas en un elemento esencial: la raza. Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos culturas. Los americanos del sur se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones. Pero si los Estados Unidos se formaron gracias al concurso de austeros emigrantes ingleses, en la colonización del sur no hay intervención de elementos latinos puros. Navegantes originarios del *Latium* descubren un continente ignorado; españoles, portugueses lo conquistan y colonizan. Casi no se encuentra sangre latina en los hogares que forman la sensualidad de los primeros conquistadores en la América desolada.

Emigrantes de Extremadura y de Galicia, andaluces y castellanos, gente abigarrada de España y de Portugal, concurren todos a crear el primer mestizaje con las razas vencidas: los iberos, en quienes los antropólogos descubren analogías morales con los bereberes del norte africano. Los vascos, rudos y viriles, que emigran de España para dominar América, no vienen del *Latium*; el elemento andaluz, de Sevilla o de Cádiz, es de origen oriental. Una España mitad africana, mitad germánica coloniza los vastos territorios americanos; dos herencias, la visigoda y la árabe se unen en su raro genio.

Los colonos franceses e italianos no tienen la importancia de los de España y Portugal, por su inferioridad en número y en riqueza. Los iberos defienden celosamente sus prerrogativas de raza en estos Estados aislados de ultramar. Tres siglos después y una vez abierto el continente al comercio europeo, los italianos invaden las ricas llanuras de Argentina. Ellos contribuyen a la formación de una raza nueva, más latina que española.

No olvidemos, sin embargo, los innumerables sajones que aportaron la riqueza y fundaron familias en Argentina y en Chile; ni a los alemanes del Brasil meridional, ni a los asiáticos del litoral peruano. Iberos, indios, latinos, sajones y orientales se confunden en América, Babel de razas, a tal punto que no se llega a descubrir en ella las líneas definidas de un tipo futuro. Inútil es buscar allí unidad de raza. Y en los Estados Unidos mismos, la invasión confusa de judíos rusos y de italianos meridionales mina, poco a poco, la primitiva unidad sajona.

Esta confusión de razas de norte a sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; solo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana.

Leyes de origen español rigen en América. Ellas trazan el cuadro rígido de la vida civil. Y es de Roma que vienen estas leyes, a despecho de fuertes elementos feudales. Bajo la influencia del derecho latino, Alfonso X unifica la legislación española durante la primera mitad del siglo XIII. Tres siglos después, los españoles colonizan América. Las Partidas, vasta enciclopedia de derecho y colección de leyes castellanas, son un código romano. Afirman el sentido individualista de la propiedad contra las formas españolas del colectivismo; refuerzan el poder del *pater familiae* en la austera familia ibérica; consagran la igualdad, autorizando el matrimonio entre gentes de condición libre y siervos antes proscritos de la ciudad; adoptan el formalismo romano.

Después del eclipse de la época feudal, príncipes ambiciosos, desde Alfonso X a los Reyes Católicos y a Carlos V, imponen en política el sentido romano de la autoridad central. Estos monarcas son Césares.

Concentran todos los poderes, centralizan, unifican, legislan. Semejante absolutismo real destruye los privilegios y nivela a los hombres. Se forma, a la manera romana, una vasta democracia española sometida al César. El sentido latino de la autoridad y de la ley se impone en las colonias españolas: la propiedad es individual, absoluta, la igualdad civil domina; a despecho de la diversidad de razas, se nivela teóricamente a indios y españoles; la familia como la *gens* romana, reúne a hijos y esclavos bajo el sombrío poder paternal. El monarca lejano es señor formidable a quien se dirigen virreyes y capítulos, cortes judiciales y clericales en demanda de leyes y reglamentos, castigos y sanciones.

El catolicismo se une indisolublemente a la autoridad romana de los reyes. En España y en América, el príncipe es al mismo tiempo pastor de la iglesia. La religión es un instrumento de dominación política, una fuerza imperial, heredada del genio latino. Multiplica formas y ritos, disciplinando colonos, exigiendo la obediencia exterior, la uniformidad de la creencia y de las costumbres. «La iglesia romana, dice Harnack, es un instituto jurídico». El catolicismo es también una religión social. En América, él creó la patria brasileña contra el peligro holandés; fundó repúblicas en tierras de indios hostiles a toda vida organizada; difundió la energía latina; favoreció de norte a sur la constitución de sociedades y de gobiernos nuevos.

Bajo la doble presión del catolicismo y de la legislación romana, América se latiniza. Aprende a respetar las formas y las leyes, a soportar una disciplina tanto en la vida religiosa como en la vida civil. Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la independencia hasta nuestros días.

Estas ideas constituyen una nueva presión latina. En los tiempos modernos, Francia es la heredera del genio de Grecia y del de Roma. Al imitarla hasta el exceso, los iberoamericanos asimilan los elementos esenciales de la cultura antigua. Encontramos en el espíritu francés el sentido del gusto y de la armonía, el *lucidus ordo* de los clásicos, el amor por las ideas generales, los principios universales, los derechos del hombre, la repulsión a las brumas del Norte y a la luz demasiado violenta del mediodía; el racionalismo, el vigor lógico, la emoción ante la belleza y el culto a la gracia. Para las democracias americanas, Francia ha sido una maestra de sociabilidad y de literatura; su acción es ya secular. Voltaire y Rousseau fueron los teóricos del periodo revolucionario; Lamartine dio a conocer el lirismo y la melancolía romántica; Benjamin Constant, la teoría de la política; y Verlaine, las lamentaciones de la decadencia.

Ora indirectamente, por la influencia del pensamiento y de la literatura de España y de Portugal, ora directamente, estas repúblicas han vivido las ideas francesas. Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es solo ibérica, sino francesa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos. Los franceses, los griegos, los italianos, los portugueses y los españoles encuentran en ella los elementos fundamentales de su genio nacional, así como en la antigüedad las mujeres griegas encontraban en Helena los rasgos de su propia belleza. A esta síntesis espiritual España contribuye con su idealismo; Italia, con el paganismo de sus hijos y la perpetua sugerencia de sus mármoles; Francia, con su educación llena de armonía.

En las democracias ibéricas domina un latinismo inferior, un latinismo de decadencia: abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio, al igual que en España romana. Las cualidades y los defectos del espíritu clásico se revelan en la vida americana. El idealismo tenaz que desdeña a menudo la conquista de lo útil; las ideas de humanidad, de igualdad, de universalidad, a despecho de la variedad de razas; el culto de la forma, la vivacidad y la inestabilidad latina; la fe en las ideas puras y en los dogmas políticos, se encuentran en estas tierras de ultramar, al lado de la inteligencia brillante y superficial, del jacobinismo y la facilidad oratoria. El entusiasmo, la sociabilidad y el optimismo son también cualidades iberoamericanas.

Estas repúblicas no están al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias de las razas latinas. El Estado es omnipotente, las profesiones liberales se hallan excesivamente desarrolladas, el poder de la burocracia se torna inquietante. El carácter de sus ciudadanos es débil, inferior a su imaginación y a su

inteligencia; las ideas de unión y el espíritu de solidaridad luchan contra la indisciplina innata de la raza. La vida interior falta en estos hombres dominados por las sollicitaciones del exterior, por el tumulto de la política; entre ellos no se dan ni grandes líricos ni grandes místicos. Frente a las realidades vulgares, yerguen su individualismo exasperado.

Indisciplinados, superficiales, brillantes, los americanos pertenecen a la gran familia latina; son vástagos de España, de Portugal y de Italia, por la sangre y las tradiciones profundas, hijos de Francia, por las ideas generales. Un hombre político francés, Clemenceau, ha encontrado en el Brasil, en la Argentina y en el Uruguay «un latinismo de sentimientos, latinismo de pensamiento y acción, con todas sus ventajas espontáneas, con todos sus defectos de método, sus alternativas de arrebatos y flaquezas en la conducción de los planes». Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles.

Es conveniente corregir los vicios de la raza iberoamericana sin salir del marco de las tradiciones que le son propias. Sin perder su originalidad como nación, Francia triunfa hoy día en las luchas deportivas y gasta sin medida energía y genio inventivo para la conquista del aire. Hace suyas victorias que parecían ser el privilegio de los anglosajones. Del mismo modo, para que las democracias latinas adquieran espíritu práctico, actividad tenaz y bella energía, no es necesario que renuncien a su lengua, a su religión y a su historia.

La defensa del espíritu latino es su deber primordial; Barrès, ideólogo apasionado, enseña contra los bárbaros el culto del yo: ninguna tutela extranjera debe turbar la revelación interior espontánea. Las repúblicas de ultramar, que progresan bajo las miradas hostiles e indiferentes, *bajo la mirada de los bárbaros*, deben cultivar su originalidad espiritual en contra de las fuerzas enemigas.

El peligro norteamericano, la amenaza de Alemania y la del Japón rodean el porvenir de la América Latina, como esas fuerzas misteriosas que en el teatro de Maeterlinck dominan la escena humana y preparan en silencio las grandes tragedias. Para defender las tradiciones de un continente latino es útil medir la importancia de las influencias que las amenazan.